



AVENDAÑO

PEDÁGOGIA

AVENDAÑO

LB 1026

.A8

1888

371  
A951c



1020052159

CURSO ELEMENTAL

DE

PEDAGOGÍA



371  
n. Clas \_\_\_\_\_  
n. Autor A-951C  
n. Adg. 062609  
rocedenc \_\_\_\_\_  
recio \_\_\_\_\_  
echa Julio de 1970  
lasificó \_\_\_\_\_  
atalogó \_\_\_\_\_

CURSO ELEMENTAL

DE

# PEDAGOGÍA

POR

D. JOAQUÍN DE AVENDAÑO Y D. MARIANO CARDERERA

EX-INSPECTORES GENERALES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA

OBRA APROBADA POR EL GOBIERNO  
PARA SERVIR DE TEXTO EN LAS ESCUELAS NORMALES SEMINARIOS DE MAESTROS DEL REINO

DÉCIMA EDICIÓN

MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>  
calle de Ferraz, núm. 13.

1888

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

06

L B T O 2 6

A 8

1888

---

Es propiedad. Los ejemplares que no estén rubricados y contraseñados, se considerarán furtivos para los efectos de la ley.

---



ACERVO GENERAL

120223

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.<sup>o</sup>, calle de Ferraz, núm. 13.

## PRÓLOGO DE LA DÉCIMA EDICIÓN.

---

Al dar á luz la décima edición de un libro, no hay que decir si ha obtenido el favor del público, ni hacen falta explicaciones; pero el que reproducimos cuenta bastantes años de vida, y bueno será demostrar brevemente que no ha envejecido su doctrina.

Háblase con frecuencia de Pedagogía moderna, como si fuera de ayer ó de hoy, por haber introducido una docena de voces de sabor un tanto pedantesco, y que no expresan lo que se intenta con tanta propiedad como las del lenguaje común y vulgar.

El carácter educativo de la escuela de la niñez es uno de los supuestos progresos del día, y precisamente ese es el principio que informa todo nuestro trabajo; principio proclamado de antiguo, puesto en práctica por Pestalozzi y recomendado constantemente en España de cincuenta años á esta parte. Damos, en efecto, preferencia á la educación sobre la enseñanza, y desde las primeras páginas pasamos revista á los diversos sistemas seguidos en el transcurso de los tiempos, haciendo así la síntesis de la historia de la Pedagogía.

De igual modo y llevando la exageración hasta los últimos límites, se discurre acerca de la *antropología*, como base ó preliminar de los estudios del educador, lo cual tampoco es una novedad, pues eminentes escritores del presente y aun del pasado siglo nos lo han enseñado, y, siguiendo sus huellas, tratamos de la materia bajo el modesto epígrafe de *Súnta idea del hombre*.

Con el auxilio de láminas explicamos la estructura del cuerpo humano y las funciones vitales, prescindiendo de particularidades y de multitud de nombres técnicos que, si no debe ignorarles el médico, perturban y confunden á los que no hacen un estudio detenido y profundo. Después de dar idea de la admirable organización del cuerpo humano, examinamos los grandes fenómenos de la inteligencia, de la sensibilidad y de la voluntad, según la doctrina generalmente admitida al escribir el libro y considerada en la actualidad como la más sencilla y racional, sin necesidad de penetrar y perdernos en el laberinto de ingeniosas y científicas teorías y sistemas que apenas duran un día, y cuidando de fundar el edificio en terreno sólido y no en la deleznable base del positivismo, elegida por los presuntos innovadores.

Adquiere así el maestro claras y sencillas nociones, suficientes al objeto, sin correr el riesgo de hacerle presumir que sabe anatomía, fisiología, psicología, antropología y tantas otras cosas que inútilmente se pretende enseñarle.

Al considerar aisladamente cada una de las facultades, tanto físicas como intelectuales y morales, no perdemos un momento de vista que se hallan enlazadas entre sí de una manera inseparable, y que la cultura de todas ellas ha de ser simultánea y armónica, porque todas han sido concedidas por Dios á la criatura racional para que las desarrolle y todas tienen igual importancia en el orden á que cada una pertenece. Antigua es también la doctrina de que la educación ha de alcanzar á todas las facultades del hombre para ser completa, y á pesar de todos los esfuerzos para darle novedad, sólo se ha conseguido traer del francés un nombre para expresar la misma idea, la palabra *integral*, que suele usarse en varios sentidos, siempre con escasa propiedad, y que se repite con frecuencia como si fuera una gran conquista para la ciencia.

Por lo demás, seguimos en todo la regla de despertar é impulsar la actividad del educando, obligándole á pensar y obrar por sí, con el fin de que sepa darse cuenta de su personalidad y formar su carácter; graduamos la enseñanza, la concentramos á veces y partiendo de la intuición, llevamos al niño á descubrir y apropiarse la verdad por sus propias fuer-

zas, desautorizando la perniciosa rutina de encomendar á la memoria lecciones que no se comprenden.

Otro tanto pudiéramos decir de cosas de orden secundario y aun de insignificante valor, presentadas como un progreso.

Sólo una supuesta novedad no aparece ni tendrá jamás cabida en nuestro libro. Nos referimos á la llamada impropriamente *enseñanza laica*, que consideramos como una grande hipocresía disfrazada con la máscara de la libertad. Sus partidarios, aparentando respetar todas las creencias, pretenden imponer las suyas, en la cual son los más lógicos los que no tienen ninguna, y lo pretenden con igual ó mayor intransigencia que los defensores de la enseñanza de una religión positiva, de la católica sobre todo, que es el complemento, ó, por mejor decir, el resumen ó la síntesis de todas las enseñanzas y de las más nobles y elevadas aspiraciones de la criatura racional. Creemos que Dios está en todas partes, y no habíamos de ser tan insensatos que nos dejáramos arrastrar de los que acarician el loco y temerario empeño de arrojarlo de la escuela.

Excusado es descender á más consideraciones para demostrar que el *Curso elemental de Pedagogía*, cuya décima edición publicamos, se halla al nivel de las últimas mejoras y progresos hechos en el ramo. Por eso, si hemos procurado corregirlo cuidadosamente y ampliarlo en lo que nos ha parecido oportuno, no introducimos modificaciones esenciales ni en la doctrina ni en la manera de presentarla. Como apéndice, sin embargo, exponemos un plan ó sistema de educación, ó como quiera llamarse, que aunque antiguo, no ha prosperado en otros países, ni hemos visto que hayan sido fructuosos los ensayos hechos en el nuestro.

Trátase de la llamada enseñanza *cíclica y concéntrica*, de la que, sin decir en qué consiste, y acaso sin saberlo, suelen hacerse vagas indicaciones en tono misterioso, y creemos oportuno satisfacer la natural curiosidad del Magisterio, rasgando el velo y descubriendo el misterio. Fundado en principios científicos, algún provecho podrá sacarse de su conocimiento y á la vez contribuirá á corroborar en parte la doctrina de este libro.

aur

enc

## INTRODUCCIÓN.

---

Todos los destinos y profesiones requieren una preparación especial. Desde el estado más eminente hasta el del más humilde artesano, todos exigen estudios previos como condición indispensable para el buen desempeño de sus respectivos deberes. La vocación por sí sola es estéril cuando no ha recibido el auxilio de un noviciado conveniente; y por el contrario, el aprendizaje basta á veces para suplir la vocación, y aun para hacerla nacer y desarrollar cuando no existe.

El artista, el médico, el abogado, el simple artesano siguen en un principio la misma carrera; pero después de los primeros pasos, divergen y se separan indefinidamente entre sí, marchando cada uno por diversa ruta y trazándose un área especial. Colocados en situaciones distintas, cada uno obra en diversa esfera, y todos tienen que estudiar un objeto particular, proponerse un fin distinto é investigar los medios de conseguirlo. La ciencia del artista no es la del abogado, ni la del médico, ni la del artesano; y siendo así para todas las carreras y profesiones, ¿había de constituir la única excepción de esta ley general el arte de cultivar la inteligencia y formar el corazón de la infancia? Cuando para ejercer con provecho cualquier oficio mecánico se necesita una larga y penosa preparación, ¿será posible llenar cumplidamente el dificultoso destino de educar sin haberlo aprendido?

Por más que se quiera poner en duda la utilidad de la teoría en materia de educación, los hechos y el raciocinio demuestran hasta la evidencia, que no sólo es útil, sino absolutamente necesaria para sobresalir en este ramo y aun para cumplir simplemente los deberes que se impone el encargado de la niñez.

La teoría de la educación no es otra cosa que el conjunto de los principios y de los métodos seguidos con mejor éxito; de consiguiente, negar la utilidad de la teoría equivale á negar la utilidad de la experiencia misma.

Hay personas eminentes por sus conocimientos, que educan á medias, ó que educan mal á sus hijos; pero esta verdad, que algunos alegan como prueba de la ineficacia de la teoría, confirma poderosamente lo contrario. Prescindiendo de que las excepciones no destruyen la ley general, la razón expuesta viene en apoyo de lo sentado anteriormente; es decir, de que el arte de la educación, aunque tenga puntos de contacto con otras artes y con otras ciencias, con la moral principalmente, es un arte especial, distinto de todos los demás. Así, no basta poseer una instrucción extensa, sino que son precisos estudios especiales en el ramo. Un padre de familia, de escasa instrucción, pero de sano juicio, educará tan bien á sus hijos como pueda educar á los suyos un filósofo profundo que no haya meditado sobre los principios de educación, porque el buen sentido del uno equivaldrá y acaso llevará ventajas á la ciencia del otro. Y si sucede á veces que con instrucción y talentos especiales no obtienen buenos resultados en la educación de sus hijos algunos padres, podrá muy bien ser efecto de que el corazón de éstos no esté de acuerdo con su inteligencia; pues no es raro que las afecciones paternas se sobrepongan á lo que aconseja la razón.

Parece que no ha podido querer Dios que una cosa tan importante á sus ojos como la educación del hombre dependiese del mayor ó menor grado de ciencia de los que por destino ó por naturaleza tienen el cuidado de dirigirla. Así como enseña á los pájaros á alimentar á sus polluelos, de la misma manera parece que debería enseñar al hombre á dar el sustento necesario al alma de sus hijos, para que no fuesen de peor condición que los mismos animales. Mas entre estas dos clases de educación hay una diferencia inmensa, tan grande como la que separa á la naturaleza irracional de la naturaleza humana. Al animal le basta el desarrollo físico para ejecutar las funciones de que es capaz, y guiado por el instinto cumple el mismo destino que las generaciones precedentes, sin hacer más progresos, ni mejorarlo bajo ningún aspecto. La especie humana es susceptible de una perfección indefinida, y no solamente es susceptible, sino que tiene el deber de perfeccionarse incesante-

mente, y por tanto, su educación ha de ser gradual y progresiva. El animal se aprovecha cuando más de su propia experiencia, y el hombre saca partido de la experiencia de todos sus predecesores, porque tiene una historia que le presenta modelos que imitar y que mejorar con el desarrollo progresivo de la sociedad. A la experiencia propia agrega el hombre las experiencias extrañas; á la tradición, enriquecida de instante en instante con nuevas tradiciones, añade la observación diaria, y así es como se perfecciona y se hace hábil para perfeccionar á sus semejantes. Dios le ha dotado ricamente con las más preciosas facultades, pero le ha impuesto el deber de desenvolverlas por medio del ejercicio; Dios le ha concedido el germen de que nace la aptitud y la disposición convenientes para educar á las generaciones que le han de suceder en la vida, pero con la condición imprescindible de cultivarlas, pues que al mismo tiempo le ha dispensado el inestimable don de la inteligencia.

La educación del hombre por el hombre no puede tener por guía el instinto, sino el raciocinio. El ejemplo de las madres, que suele presentarse en contra de esta verdad, está muy lejos de probar lo que se pretende. Una madre adivina las penas y las necesidades de sus hijos, descifra el lenguaje con que las manifiestan, ininteligible para todos los demás; y esto, que parece un don particular, no lo es. El amor materno, que no reconoce límites, es la causa de todo. Este amor, inspirado á la madre por el Supremo Hacedor para la conservación del género humano, la une tan estrechamente á su hijo, que no lo abandona un momento. Le cuida con solicitud constante é infatigable, atiende, observa y examina hasta las cosas más insignificantes relativas al objeto de su cariño, que es su pensamiento fijo y dominante; nada pasa inadvertido para ella; hasta el más ligero movimiento da lugar á sus reflexiones, y este estudio tenaz y continuado produce los efectos que admiramos, así como otros estudios conducen á descifrar los más intrincados jeroglíficos, y las investigaciones de los sabios al descubrimiento y explicación de los secretos de las ciencias.

Verdad es que Pestalozzi, que ha escrito tantos volúmenes sobre la educación, y cuyo voto en esta materia constituye una autoridad incontestable, presenta á la madre de familia como el verdadero *tipo* y el *modelo* natural del educador, y es verdad también que con el nombre de madre no se refiere á la mujer instruída y de capacidad superior, sino á la mujer sencilla y de

escasa instrucción, á la buena Gertrudis de su primera y acaso más excelente obra (1). Mas es preciso entender bien el sentido de las palabras de Pestalozzi. Cuando presenta á la madre como modelo, no quiere decir que deben imitarse los principios y las prácticas que adopta en la educación, sino la tierna solicitud, el incansable afán y los incesantes desvelos con que aplica todo el poder de sus facultades á investigar y satisfacer las necesidades de su hijo. Y tanto es así, que él mismo nos dice que la educación recibida de su madre, aunque fué el origen del descubrimiento de su admirable método, había sido bastante mal dirigida; y es bien sabido que los esfuerzos de toda la vida de este hombre privilegiado, tan santamente cumplida y tan cruelmente agitada con desengaños y persecuciones sin cuento, no tuvieron otro objeto que *imitar* á la madre de que habla en el libro citado, y al mismo tiempo *instruirla*, para que, haciéndose capaz de enseñar á su hijo, no cesase de educarlo. Quería imitar á la madre en su ternura, en el cariñoso afecto con que cuida de sus hijos; y al mismo tiempo, reconociendo la dificultad de reemplazar á una buena madre, trataba de instruirla, no sólo en la ciencia que debía transmitirles, sino en el modo de transmitirla y en el de dirigir la voluntad, como claramente se infiere de sus escritos pedagógicos. En tiempo de Pestalozzi, como en nuestros días, la educación de la madre, más bien que la educación conforme á la naturaleza, es una educación fatal é incompleta, no dirigida instintivamente, sino por raciocinio dominado por el sentimiento, y si no se supiera cuánto contribuyen las pasiones á la falsedad de nuestros juicios, bastaría para demostrarlo el infinito número de niños viciados y pervertidos por el cariño mal entendido de los autores de sus días.

Después de haber convenido en la necesidad de un arte de educar, se suscita la duda acerca de la posibilidad de formarlos. Bueno es conocer las leyes á que está sujeto el entendimiento y los medios de desarrollarlo; bueno es conocer las inclinaciones del corazón para dirigirlo hacia la virtud; pero ¿dónde es posible aprender todo esto? El carácter y las disposiciones de los niños se presentan bajo tan varias formas, que es más fácil encontrar dos hojas de árbol enteramente semejantes, que dos niños de disposiciones parecidas entre sí; de consiguiente, para el estudio completo y provechoso de la educación sería necesari-

(1) Leonardo y Gertrudis.

rio examinar á todos los niños y á cada uno de por sí, y tal estudio es imposible por interminable. Este argumento, que parece de alguna fuerza, no tiene, sin embargo, más fundamento que los anteriores. ¿No sería absurdo y hasta ridículo, que por diferenciarse las enfermedades de los hombres hasta al punto de que no haya una enfermedad que se presente en dos individuos distintos con circunstancias enteramente idénticas, se considerase imposible el estudio de la medicina? Si hay diversidad de caracteres en los niños, ¿no se modifica también una misma enfermedad en distintos individuos, según la organización, el temperamento, el género de vida de cada uno? Pues si á pesar de todo sería absurdo el abandonar el estudio de la medicina por imposible, ¿qué razón hay para que no lo sea también abandonar el de la educación? En el carácter y disposiciones de los niños hay rasgos generales que son comunes á todos ellos, y hay otros especiales, que los diferencian entre sí, y varían hasta el infinito. El educador puede y debe estudiar las principales disposiciones de la infancia y los casos particulares más comunes, que es lo que se requiere para la educación. Hecho este estudio, el buen sentido basta después para guiarle en circunstancias especiales é imprevistas.

La importancia de la educación de la niñez se ha reconocido en todas las épocas del mundo, y los hombres más eminentes de cada siglo, convencidos de la necesidad de su estudio, se han dedicado á él en cuanto ha sido compatible con sus trabajos ordinarios, legándonos máximas y reflexiones tan prudentes y acertadas sobre este asunto, que todavía nos sirven de guía en la dirección de la infancia. En los tiempos de la antigüedad griega y latina, en los mejores tiempos de la Iglesia, y en todas las épocas y en todos los países hay nombres ilustres y eminentes que atestiguan la importancia y la necesidad del estudio de la educación. Si los de Locke, Rousseau, Basedow, Pestalozzi y otros pedagogos modernos no merecen fe á ciertas personas para las cuales todas las innovaciones son peligrosas, pueden citarse los de Sócrates, Platón, Quintiliano, Plutarco, San Clemente Alejandrino, San Juan Crisóstomo, San Isidoro de Sevilla, Montaigne, Pérez de Vargas, Saavedra Fajardo, Fenelón, Rollín, y muchos más, que, persuadidos de la necesidad de señalar reglas para la educación, se han ocupado en escribirlas. El testimonio de tan eminentes ingenios es de tal peso, que no deja lugar á dudas; pero si todavía no bastase á persuadir al ex-

celente escritor (1) de quien se ha tomado la mayor parte de las objeciones expuestas, todavía queda contra él un argumento especial que no admite réplica. Si es inútil é imposible el arte de educar, ¿á qué fin se encaminan las reglas y preceptos que ha sentado él mismo para la conducta de los maestros y el desarrollo intelectual y moral de los discípulos? ¿Á qué fin ocuparse de un trabajo infructuoso y el más inútil de todos, según afirma? Preciso es convenir en que algún motivo especial cierra sus ojos á la luz de la verdad. Y en efecto: en todos sus escritos se descubre una tendencia manifiesta á rebajar el mérito de los alemanes en materia de educación. Un excesivo amor patrio, que como otra cualquiera pasión desordenada ofusca su entendimiento, le priva del criterio y buen juicio con que discurre en otros asuntos. No queriendo reconocer la superioridad de los alemanes sobre los franceses, y no encontrando medios para destruirla, niega la importancia y aun la posibilidad del arte de educar, cuando él mismo se dedica con tanto fruto á explicarlo.

Iguales reflexiones pueden hacerse acerca de la necesidad de aprender el modo de enseñar, cuya importancia se reconoce más fácil y generalmente, aunque no tanto como conviniera. Los adelantamientos en la enseñanza son resultados prontos y patentes sujetos á la apreciación de toda clase de personas, las cuales se creen por esto con derecho para calificar la idoneidad de los maestros. El mal está en que se juzga por resultados aparentes más bien que por los verdaderos y positivos, lo que da lugar á que no se considere tan difícil como es en realidad el arte de comunicar la instrucción. De aquí proviene que se tenga por suficiente preparación para el magisterio un aprendizaje, hasta cierto punto mecánico, que enseña los medios prácticos de instruir, rebajando mucho la importancia del arte. Habiendo adquirido los conocimientos que han de difundirse, parece que el modo de difundirlos se aprende en pocos días, ó cuando más en pocos meses, al lado de un profesor inteligente; lo cual es un error. Aun suponiendo que un maestro no tuviera á su cargo la obligación de educar, siempre le sería indispensable conocer las facultades del alma y las leyes de su desarrollo, para acomodar las lecciones á la comprensión de los discípulos, especialmente siendo niños. Previos estos conocimientos, y no de otra manera, sabría ponerse al nivel de la inteligencia de los alumnos, y

(1) Mr. Barrau.

sujetar á su estudio con oportunidad los diferentes ramos del saber humano, más ó menos elementalmente, según las circunstancias.

El que no se ha habilitado para la enseñanza sino por la práctica, está reducido á usar ciertas fórmulas de que no se atreve á separarse por temor de perder el rumbo que se ha propuesto seguir. Aprisionado en estrecho círculo, gira sin cesar por un mismo camino, el de la rutina, sin decidirse á variar ni la fórmula ni la expresión de las lecciones. Para él no hay ejemplos, ni imágenes, ni alegorías, ni otros recursos de que se vale un profesor inteligente para descender de su altura hasta igualarse á los niños, no hay medios de hacer el estudio agradable presentándolo con ingeniosa variedad; no es posible seguir en la enseñanza un camino menos trillado que el recorrido habitualmente, escaso de novedad y de atractivos para el discípulo. La razón es bien sencilla y fácil de comprender: no está seguro de sí mismo, y teme extraviarse; no ha visto más que la práctica, sin estudiar los principios en que se funda, y no puede hacer aplicación de lo que no conoce. Así, cuanto más repite, menos instruye y más disgusta y fatiga á los niños; porque siendo éstos naturalmente distraídos y desaplicados, se fomentan estas disposiciones, aumentándose la aridez y dificultad del trabajo por la ineptitud del que lo dirige.

El entendimiento es como un terreno que espera los trabajos del inteligente y hábil labrador para dar abundantes frutos. Los gérmenes preciosos que ha concedido Dios á la inteligencia humana, se fecundan por medio de la instrucción, que debe darse á tiempo y progresivamente; porque, tanto la cultura demasiado precipitada y fuera de sazón, como la demasiado lenta, pudiera comprometer su desenvolvimiento. Cuando se hacen explicaciones incomprensibles para el discípulo; cuando se empieza la enseñanza por nociones abstractas en lugar de dar principio por las más sensibles y elementales, cuando se varía continuamente en la esencia el orden de las lecciones, todo el trabajo del profesor es infructuoso; dejando entrever al que aprende las dificultades que debe superar, se le desanima, y aunque se le obligue al estudio por una vigilancia continua, el desaliento que se apodera de él lo hace penoso é ineficaz.

Por lo contrario, un buen profesor hace agradables, atractivas y provechosas las lecciones. Dirige al discípulo con dulzura y firmeza á la vez; apoderándose de su entendimiento, subyuga

su voluntad, pone en acción sus potencias, ejercita sus facultades, y todo con tan misterioso imperio, que no deja descubrir, ni aun sospechar siquiera, ni sujeción ni menos violencia. Adopta un plan, y no basta á detenerle en su camino la variedad que se advierte en la aptitud intelectual de diversos individuos, porque sabe elevarse y descender á tiempo en las explicaciones. Posee el secreto de hacerse comprender, acomodándose á todas las inteligencias y transmitiendo sus ideas con orden, claridad y método, porque sabe el modo de instruir y el de auxiliar al discípulo para vencer las dificultades que le embarazan, obligándole á sacar fuerzas de los conocimientos adquiridos y de los mismos que está adquiriendo.

Hay, pues, necesidad de aprender el arte de instruir lo mismo que el arte de educar. Mas esto, que basta para la educación privada ó doméstica, no es suficiente para dirigir la educación en la escuela. El someter varios niños á lecciones comunes, á una dirección general, provechosa á cada uno de ellos y aplicable á todos, ofrece un nuevo orden de dificultades. Así es, que hombres de ingenio superior, de profundos conocimientos, no aciertan á dirigir una escuela, mientras que otros, con educación menos brillante, pero con un juicio recto y una gran fuerza de carácter, natural ó adquirida, gobiernan é instruyen perfectamente un crecido número de discípulos, obligándoles á ser atentos y á interesarse en el estudio. Hay maestros instruidos que se dejan engañar de los discípulos más torpes, quienes, á pesar de su ignorancia, se burlan de los esfuerzos empleados para ordenarlos. Asimismo, hombres de carácter firme, capaces de dirigir á otros hombres, son impotentes para disciplinar á los niños caprichosos, irreflexivos, perezosos, rebeldes y dispuestos siempre por mala voluntad á destruir las felices disposiciones que han recibido de la naturaleza.

Los niños se diferencian entre sí por su temperamento, por su carácter, por sus disposiciones, que, no solamente son diversas, sino á veces opuestas. En un niño, el desarrollo físico predomina sobre el intelectual y moral; con una robustez y salud física constantes, acaso será insensible á las emociones morales, y carecerá de aptitud para el trabajo intelectual. Otro, por el contrario, con una constitución orgánica delicada y una gran debilidad exterior, tendrá un carácter vigoroso y fuerte, una sensibilidad exquisita y una inteligencia precoz. ¿Será fácil someter estos dos niños, tan diferentes en temperamento y tan

opuestos en carácter, á un régimen común y disponerlos á recibir una misma enseñanza? Los medios propios para excitar al uno, ¿no serían inútiles y acaso funestos para mover al otro? Las lecciones fáciles de comprender para el segundo, ¿no estarán por largo tiempo fuera del alcance del primero? Sin embargo, en la escuela es indispensable sujetar á estos niños á la disciplina general, sin desatender ciertos cuidados especiales que las diversas circunstancias exigen.

La habilidad del maestro consiste en reducir á corto número de casos las direcciones y cuidados individuales, y establecer una disciplina general, una especie de vida común, en la cual las disposiciones de cada individuo refluyan en provecho de los demás. Será preciso conseguir que los de talento privilegiado impulsen con su ejemplo á los torpes; los de carácter pacífico y tranquilo á los turbulentos y bulliciosos, y que el mayor número sea excitado ó contenido, según convenga, por el trabajo y la conducta de los pocos que por sus cualidades ó por su instrucción merezcan servir de guía á los demás. De este modo, no sólo es posible la disciplina común, sino que es provechosa á la mayoría, la cual, privada de relaciones intelectuales y morales por efecto de la situación y el género de vida de su familia, se halla poco dispuesta á someterse con utilidad á la dirección y enseñanza individual.

Infiérese, pues, de lo expuesto, que la profesión de maestro requiere un talento especial, que, si bien se ha concedido á todos los hombres, sólo logra desenvolverse con el estudio y la experiencia; y asimismo, que, para ejercer dignamente el magisterio, además de la instrucción general en los ramos que abraza la enseñanza primaria, es condición indispensable el conocimiento:

1.º De las diversas facultades del hombre y de los medios más á propósito para desarrollarlas.

2.º Del modo de transmitir la instrucción con provecho á los niños.

3.º De los medios de sujetar á una dirección y enseñanza general varios niños de carácter y disposiciones diversas y aun opuestas, y prepararlos con la adquisición de ideas verdaderas, principios puros y con hábitos de orden y trabajo, para ser hombres honrados, laboriosos y cristianos.

Tal es la ciencia del maestro, á la cual se designa con el nombre de *Pedagogia*, compuesto de las voces griegas *país*, que significa niño, y *ago*, yo conduzco.

Así la Pedagogía comprende la ciencia ó la teoría de educar y enseñar, y el arte de aplicar esta teoría á la dirección, ya de un individuo completamente aislado, ya de varios individuos en común.

Abraza dos partes: la Pedagogía propiamente dicha ó la teoría y la práctica de la educación, y la didáctica ó el arte de enseñar.

La primera parte comprende el estudio del hombre y los medios de desarrollar y perfeccionar sus facultades.

La segunda, los métodos de comunicar la instrucción y los medios de organizar y dirigir las escuelas.

## CURSO ELEMENTAL

DE

# PEDAGOGÍA.

---

## CAPÍTULO PRELIMINAR.

### DEL MAGISTERIO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA Y DE LAS CUALIDADES DEL MAESTRO.

La familia, el Estado, ó la familia y el Estado juntos, han intervenido sucesivamente en la educación del hombre. En los pueblos de la antigua Grecia se privaba á los padres de la libertad de educar á sus hijos para encargarse el poder civil de formar ciudadanos con arreglo á sus instituciones. En nuestros días se han hecho algunas infructuosas tentativas para resucitar el mismo sistema con idéntico fin, no faltando época en que el poder eclesiástico ha pretendido igual privilegio. Reconócense generalmente, sin embargo, las razones que militan en favor de la familia, y en España, como en otros países, se le concede este indisputable derecho, reservándose el Gobierno la necesaria intervención, como encargado de velar por el bien general, ó por el respeto á las leyes y á la moral pública.

La naturaleza ha concedido á los padres la prerrogativa de educar á sus hijos, y no sólo la ha concedido, sino que les ha impuesto la obligación de ejercerla. Dice el autor del *Emilio*, y dice bien: «El que no puede cumplir con los deberes de padre, no tiene derecho á serlo. No hay pobreza, ni trabajos, ni respeto humano que le dispense de alimentar y educar por sí mismo á sus hijos. Me atrevo á pronosticar á cualquiera que tenga entrañas y descuide tan santos deberes, que derramará por esta falta abundantes y amargas lágrimas sin consuelo.» Aunque el sistema de Rousseau sea absurdo y antisocial, no por eso deja de ser cierto cuanto se expone en este pasaje acerca de los debe-